

ALEX

Chismografía Nacional

(FRASES, ANÉCDOTAS Y TRADICIONCILLAS)

(Recopilación hecha para el Almanaque de 1928)



Lima 1928

lit 03380

INSTITUTO RIVA-AGÜERO
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA DEL PERU
BIBLIOTECA
COLECCIÓN
FELIX DENEGRI LUNA





Sumario



DE HOMBRES POLÍTICOS.

DE MILITARES.

DE LITERATOS.

DE LA VIDA ESTUDIANTIL.

DE VARIOS.





CHISMOGRAFIA NACIONAL

(Frasas, anécdotas y tradicioncillas)

ALEX

Con verdadero entusiasmo hemos recopilado algunas finas historietas, de las muchas publicadas en la Revista ilustrada "VARIETADES" hace años, con el seudónimo de Alex, por el poeta laureado Dr. José Gálvez. En esta nueva faz literaria del evocador admirable y eminente maestro nacionalista, nos da la sensación de escritor exquisito y multiforme.

N. del E.

De hombres políticos

Cuando en la anterior administración del señor Leguía, comenzaron a dividirse los partidos políticos y se *partió por gala en dos* el Civil, y se bifurcó el Constitucional y casi se quiebra el Liberal, el doctor don David Matto, que fué siempre muy ocurrente, dijo en un grupo que comentaba la situación: "¡Caracoles!" *Este Leguía nos ha resultado más disolvente que el éter."*

Cuando se exhibió por la primera vez la candidatura de don Antero Aspíllaga a la presidencia de la República, un músico, sabiendo que se preparaba una manifestación, fué donde don Antero y le ofreció el concurso de una banda popular. El candidato, amable y cortés, le preguntó cuántos músicos serían y el oferente, que era un zambo más *camputo* y *guaraguero*, que un pandorgo, le contestó que serían veinticinco y al interrogarle nuevamente don Antero por el precio,

le dijo que habían de ochenta soles y de cincuenta. "Qué tal—le dijo el señor Aspíllaga, los de ochenta serán mejores. tocarán más, serán maestros?"—No, le respondió el zambito, *los de ochenta aguantan palo y hasta piedra, y los de cincuenta en cuanto ven que hay reparto de leña, labran...*

De los firmantes del acta de la Independencia el último que murió en Lima, fué el notable hombre público don Francisco Javier Mariátegui, que con Lazo, Vigil, Gálvez y otros formó el grupo liberal. Falleció en 1886 y —cosa curiosa— había sido procesado por el Tribunal de la Inquisición de Lima en los comienzos del siglo XIX, por haberse constatado que había leído el libro "*Abelardo y Eloisa*"...

Contaba el doctor Daniel Alfaro Calle, diputado regional por Huancayo, que una curiosísima característica de los perros, es ladrar siempre a los médicos, cuando éstos van a casa de sus clientes y lo confirmó con algunas citas, siendo interrumpido por alguien que le dijo: "*He ahí una prueba más de la fidelidad y amor de esos animales para con sus amos*".

Cuando se formó el Gobierno de la Dictadura de Prado en 1865, se comentó en forma entusiasta la constitución del Gabinete, que formaron don José Gálvez, don Toribio Pacheco, don José Simeón Tejeda, don Manuel Prado y don José María Quimper, gente toda de doctrina y prestigio. Cuando Castilla regresó de Europa, se encontró con el Gobierno ya constituido y alguien le preguntó su opinión sobre Prado y sus Ministros y el Mariscal, con la agudeza, no siempre bien intencionada, que le caracterizaba, respondió: "*Psch, no está mal, no está mal; un sargento y cinco estudiantes...*

No deja de ser curioso que los dos grandes rivales de nuestra política civil, Piérola y Pardo, comenzaran a intervenir en ella ambos como ministros de hacienda y ambos en gabinetes presididos por un Gálvez. Don Manuel Pardo en el célebre año de 1866 en que figuraron, como se sabe, don José Gálvez, que lo presidía, don Toribio Pacheco, don José S. Tejeda y don José María Quimper; don Nicolás de Piérola en el no

menos famoso que formó don Pedro Gálvez con don Luciano Benjamín Cisneros, don José Antonio Barrenechea y el coronel don Francisco Balta. Antes de entrar Piérola al ministerio ocupaba la cartera de Hacienda don Francisco García Calderón.

Cuando el doctor Durand, al final del primer período del doctor Pardo, atacó el Cerro de Pasco, siendo rechazado por el coronel Negrete, entre los prisioneros tomados se encontraba un americano de arrogante figura, que llevaba con fiereza un gran fusil al brazo. Al ser interrogado sobre los motivos que le habían inducido a hacerse revolucionario contestó: "*Mi quiere aprender el sport del país.*"

Creo que fué en tiempos del señor Romaña cuando pusieron presos por asuntos políticos al doctor Flórez, al señor Dyer, suegro del doctor Durand y al doctor Leguía y Martínez (por esos días liberal decidido). Parece que la prisión hizo mucha mella en el ánimo de don Germán, que perdió el humor. En cambio el viejo Dyer se mantenía dicharachero y cordial, como si estuviese de tertulia en el salón de un Club. Un día en que el *spleen* de don Germán, llegaba al colmo, Dyer le dijo que se entretuviera en algo. "Qué voy a hacer nada, ni versos", le repuso Leguía y Martínez y entonces Dyer improvisó esta estrofita:

*Ruiseñor que no canta,
canario que no trina,
y poeta sin versos
a la letrina."*

Cuando don Nicolás de Piérola bajó del Poder emprendió, como se sabe, la magna obra de la Colmena, dando un ejemplo admirable de laboriosidad y de visión del porvenir de la ciudad de Lima. Pues bien, estaba un día en la obra de la oficina que levantó en la plaza de la Merced, en compañía de varias personas, a las que invitó a subir a los techos. Caía la tarde y todos subieron. Don Nicolás hacía explicaciones, hablaba de arquitectura, uno de sus temas favoritos y el friecito y el aire iban colándose, sin que el Kalifa pareciera advertirlo. Entre sus amigos estaba un médico, joven entonces, que no podía soportar ya el frío y que por eso se dirigió a don Nicolás diciéndole: "Señor, sería bueno bajar ya, porque le va a hacer daño este

friecito" . . . Piérola se lo quedó mirando y sonriente le repuso: "*Gracias, siempre es muy grato poner delante el beneficio de los demás. . .*"

Cuando el presidente Romañía estuvo en Morochocha, un comerciante de esa plaza, que creo se llamaba Lizárraga, le ofreció una copa de cognac en los siguientes términos: "Perdonad V. E. que no os ofrezca una copa de champaña, pero aquí podéis ver la papeleta del ferrocarril central que comprueba que hace quince días ha sido despachado en la estación de Monserrate un cajón de exquisito *Cordon Rouge. . .*" El Presidente al responder, se limitó, sin agradecer al comerciante de marras el cognac, a prometerle que gestionaría con la Empresa para que mejorara su servicio. . .

En el Cerro de Pasco es costumbre todos los años, el día 6 de agosto, celebrar el aniversario de la batalla de Junín, y para el efecto salen comisiones que van a la histórica pampa, designándose por lo general a alguna persona para que a nombre del Cerro pronuncie un discurso, además de los que llamaremos oficiales. No hace mucho se dió tal encargo al doctor don Andrés Quintana Gurt, quien convencido de que por aquella fecha nunca llueve, preparó una pieza literaria que comenzaba poco más o menos así: "*En un día como hoy, bajo un cielo despejado, de purísimo azul. . .*" Pero el doctor Quintana cayó enfermo y rogó al señor Pedro Carrión, Director del "Minero Ilustrado" que le hiciera el favor de leer su discurso a lo que el señor Carrión no tuvo inconveniente. Llegó el día, se formaron las comisiones, llegaron a la pampa y se desencadenó una verdadera tempestad. Don Pedro Carrión, que había ido en el tren charlando alegremente con sus compañeros, ni leyó el discurso de Quintana y cuando le llegó su turno, guarecido bajo un gran paraguas que un amigo sostenía, comenzó a leer y con la precipitación con que lo hizo, mientras la nieve caía y el cielo se ponía cada vez más oscuro, soltó la frase: "*En un día como hoy, bajo, un cielo despejado, de purísimo azul. . .*"

Sabido es que la afabilidad de don Nicolás de Piérola era tal y su dón de gentes tan grande, que no hubo persona que le tratase que no se quedara prendado del gran hombre. Su popularidad era enorme y en el pueblo se le quiso tanto que no faltaron quienes creyeron que don Nicolás tenía *algo del pelo*, como se dice.

En los barrios bajos donde no se sabía que Piérola era de notabilísima cepa, se decía a veces "*Zambio como nosotros*" . . . Pues bien, el propio don Nicolás contaba que en cierta ocasión un pierolista moreno, le dijo esta frase elocuentísima de adhesión y hasta de ternura: "*Zambo, aquí tienes a tu negro . . .*"

Hace muchos años, se discutía en la Cámara el punto doctrinario, de si deben perder el cargo de representantes los que reciben alguna comisión o nombramiento del Gobierno, aunque éstos sean honoríficos y concejiles, condición en que se encontraba don Modesto Basadre. Cornejo pronunció un largo discurso, lleno de metáforas, sinécdoques y metonimias y al terminar dijo, poco más o menos: "*Ah, señores, si se acepta doctrina tan peregrina, veremos vacante la curul de Tacna que ocupa tan dignamente ese venerable anciano, que con su aspecto patriarcal simboliza el sufrimiento de las cautivas que en diez años han envejecido un siglo . . . !*" —Lo de anciano le supo a quinina a don Modesto, que violentamente, exclamó: "*Protesto, excellentísimo señor: No está en discusión mi edad . . .*"

Discutiéndose en la Cámara, la diputación por Bongará, se presentaron a defender sus respectivas elecciones, don Miguel Rojas, en esa época más delgado y trasijado aún que ahora y un señor Fonseca. Pronunció éste un discurso tan largo como gracioso, lleno de frases como ésta, por ejemplo: "*Voy a decir algo, Excelentísimo señor, que se van a caer ustedes de espaldas . . .*" La gente reía gozosa y un jaleo jocundo evitaba la fatiga que la oratoria de tiro largo del señor Fonseca producía. Por fin terminó. Se puso de pie, magro y pálido el señor Rojas y se disponía a hablar, cuando se levantó de nuevo el señor Fonseca, y dijo: "*¿Creían ustedes que había terminado mi defensa? No señores! Recién comienza. Mi mejor defensa, es la cara de mi contrincante . . .*"

En una sesión de la Cámara de Diputados, hace ya algún tiempo, el entonces representante don Juan de Dios Lora y Cordero, hombre inteligente y culto, aunque algo exaltado, pronunció un largo discurso sobre no se qué incidencia política, discurso que fué comentadísimo y un colega suyo —sentimos mucho no recordar su nombre— dijo refiriéndose a don Juan de Dios: "*El señor Lora y Cordero que se ha expresado con la locuocidad del primer animal de sus apellidos, pero no con la mansedumbre del segundo . . .*"

A raíz de la hazaña de Piérola en el "Huáscar" contra el "Shah" y el "Amethyste", la prensa de Chile y de Estados Unidos relató más o menos exageradamente la empresa y hubo periódico yanqui que publicó un grabado en que aparecía Piérola como hombre altísimo, robusto, de rojos cabellos, teniendo el grabado la siguiente leyenda: "*El pirata peruano Piérola que derrotó al almirante inglés Horsey*"...

Tenía la costumbre don Nicolás de Piérola de decir: "¿Y por qué nó?"—En cierta ocasión una persona pidióle que hiciera no recuerdo cuál nombramiento, haciendo, naturalmente exagerado elogio de su recomendado. Don Nicolás le oyó con su característica atención y dijo: "*¿Y por qué nó? ... Pasaron los días y el caballero en cuestión fué donde Piérola y le recordó la escena: "Usted me ha ofrecido don Nicolás..."*" —"*No, yo no le he ofrecido nada, absolutamente nada...*" —"*Usted me dijo que sí*" —"*Error, mi amigo, ¿qué le dije a usted?*" —"*Pues, ¿y por qué no?*" —"*Ya lo ve usted. No le dije que sí, que es más fácil, dije sólo ¿por qué nó? Es decir, que aunque me preguntaba por qué no lo haría...*"

Hubo hace muchos años un ministro de Hacienda, que quiso asegurarse, como se dice vulgarmente, y se nombró a sí propio Director General de Aduanas, estando el decreto concebido en estos o muy parecidos términos: "*Por convenir al servicio nóbrase Director General de Aduanas a don Fulano Angulo* (su propio nombre) *y por cuanto el susodicho Angulo desempeña en la actualidad la cartera de Hacienda, désignase para reemplazarlo interinamente a don Mengano de Cual* (un pariente del mismo Angulo). *Rúbrica de S. E. — Angulo*"...

A raíz de la revolución del 95, un coronel que había dado dinero para la gran obra nacional, fué al Palacio de Gobierno a agradecer a don Nicolás de Piérola un nombramiento prefectural que había recibido. El *Kalifa* lo recibió con su característica amabilidad y el Coronel, un poco cohibido, se atrevió a decir a Piérola, poco más o menos: "Mucho le agradezco, señor, el nombramiento, pero, le soy franco, esperaba algo más".—Don Nicolás arrugó al punto el ceño y luego sonriente le interrogó: "¿Porqué?"—"Don Nicolás, yo me he sacrificado!"—"Sí, hijo, por la Patria, como lo hicieron todos"—"Por la Patria y por usted don Nicolás".—"Bien, muchas gracias, *pero usted de-*

be saber que la Patria sólo puede agradecer con cargas, que son honores y en cuanto a don Nicolás, él, hijo, sólo puede agradecer con afecto"... Y con un abrazo puso fin al incidente.

Después de la batalla de la Palma, se presentó en la Convención un proyecto de amnistía, que Castilla a la sazón Dictador, veía con buenos ojos, porque no siendo muy principista que digamos, como buen criollo, no tenía interés en que hubiera verdadera sanción y no le gustaba extremar las cosas, pero los liberales doctrinarios, con don José Gálvez a la cabeza, se opusieron tenazmente, pidiendo que no se burlara la finalidad moralizadora que tuvo la Revolución. El día que habló Gálvez asistió una barra, tan alborotada y hostil, que llegó a avanzar amenazante a la tribuna. El Mariscal San Román presidía y alarmado, agitó la campanilla y llamó al oficial de guardia. Fué entonces cuando Gálvez enardecido, pronunció sus famosas palabras: "*Nada temáis, señor, que aún veo en sus frentes el polvo que levantaron en la carrera de la Palma*"...

Hace muchísimos años que se acostumbraba llevar los caballos de los particulares a la Plaza de Armas, *para que se revolcaran*, hasta que una Municipalidad progresista prohibió tal pernicioso costumbre. Era intendente el terrible Suárez y se propuso cumplir las órdenes municipales, pero se encontró con que los caballos del Presidente Castilla fueron llevados como siempre al revolcadero de la plaza. Titubió un momento Suárez pero por fin se decidió y llevó al palafrenero y caballos a la Intendencia. Castilla se amostazó y dió orden de que se libertase inmediatamente a su caballerizo y a sus caballos, pero Suárez por única respuesta mandó su renuncia. Castilla se dió cuenta del rasgo de su Intendente, lo mandó llamar, pagó personalmente la multa que era de veinticinco pesos, felicitó a Suárez y desde ese día se acabó el revolcadero de nuestra vieja plaza principal.

La anécdota tan conocida y repetida sobre don Justo Figuerola que arrojó la banda presidencial a un grupo de vocingleros, no se realizó en Palacio sino en la propia casa del entonces jefe supremo y quien la arrojó fué su esposa por encargo de don Justo que estaba en cama. La casa está situada en la calle de Plateros de San Agustín y pertenece todavía a los

herederos de aquel hombre ilustre, cultísimo e integérrimo y de quien se afirmaba que era el mejor latinista que había en su tiempo en el Perú.

En la Asamblea Nacional de 1895 que presidió don Nicolás de Piérola, como representante por Arequipa, en aquellas famosas dualidades que se presentaban y que dieron lugar a tanto interesante careo de candidatos, don Nicolás se vió precisado a llamar al orden a un pretendiente que se había extralimitado en la forma del lenguaje. El candidato, con violencia lanzó a don Nicolás este dilema: "¿Es V. E. o el Reglamento el que me impide hablar?" Y Piérola, tan culto como siempre le contestó: "*El Reglamento por mí órgano, honorable señor*".

El único Alcalde de Lima que ha muerto en el ejercicio de su cargo ha sido don José Simeón Tejeda, a quien por suscripción popular se elevó una estatua en el Cementerio de esta capital.

Hace algunos años un Alcalde de Tarma, que ha dejado larga historia y que no mencionaré, porque no hace al caso ni vale la pena, se *atraco*, como se dice vulgarmente, en un discurso que pronunció, si mal no recuerdo al Coronel Benavides, que iba o venía de Iquitos. Viendo que no podía salir del atolladero, muy suelto de huesos, dijo: *Señores: me he trascordado y en cuanto recupere el hilo de mis ideas se las comunicaré*.

Le preguntaron una vez a don Nicolás de Piérola, por qué le quería tanto el pueblo, y don Nicolás contestó: *¿No sabe usted que los amores más fuertes son los contrariados?*

Le preguntaron en cierta ocasión al doctor Luis Felipe Villarán, cuya displicencia ha sido proverbial, qué era lo más serio que había en el país, y contestó rascándose la oreja: "¿Lo más serio? Pues las únicas cosas dignas de tomarse en serio aquí son, el *rocabor* y las *tandas*".

Cuando se lanzó en una provincia de Cajamarca, Chota o Cajabamba, no recuerdo bien, la candidatura de don Melitón Porras a la respectiva diputación, sus partidarios quisieron exhibir su retrato en un desfile y no teniéndolo a la mano, pasearon por las

calles el de don Pedro de Osma, en medio de grandes vítores a Porras. Hoy, con tanto periódico ilustrado, la graciosa superchería, no hubiese sido posible.

Entre don Nicolás de Piérola y don Guillermo Billinghurst, había muchos contrastes. Conversaban una vez ambos en el escritorio del primero. Don Nicolás sentado, todo comedimiento y atención; don Guillermo, paseando, nervioso, exaltado. Don Nicolás, como se sabe, era hombre de mucho orden. Cada vez que don Guillermo llegaba al escritorio cogía la regla, la blandía y la dejaba luego en cualquier sitio. Don Nicolás le escuchaba con atención y volvía a poner el objeto en su lugar, sin hacer por ello observación alguna, hasta que don Guillermo amostazado, y, regla en mano, se cuadró ante su Jefe y buen amigo entonces, y le dijo: "Don Nicolás ya me está usted *cargando* con la reglita".—"No, mi don Guillermo,—le contestó Piérola, el que *la carga* es usted".

Una vez en la redacción de "Variedades", alguien que vió un retrato del señor don Antero Aspíllaga, a raíz de las famosas *jornadas cívicas* dijo:

*"Retrato en que don Antero
sin candidatura existe..."*

y Yerovi que estaba presente añadió, *ipso facto*:

*"deja que acomode un chiste:
y hermano de Baldomero."*

Le preguntó un demócrata a don Nicolás, en cierta ocasión de lucha álgida con el civilismo, por qué algunos civilistas recalcitrantes *no le querían*; y don Nicolás pontificalmente, le respondió: "*No nos quieren, porque no nos tratan*".

De militares

En el golpe de mano de noviembre del año 1860 contra Castilla, intervinieron hombres de mucho peso y de probadísimo valor y a pesar de lo bien combinado del plan y del arrojo de muchos de los comprometidos, fracasó la intentona. La razón del complot revolucionario estribaba en el descontento de los liberales por el cambio de frente de Castilla, y en él estuvieron entre otros —casi nadie— don José Gálvez, a quien se

sindicó como jefe: Miguel Grau, los Alarco, don Ricardo Palma, don Manuel Marcos Salazar, don Pedro José Saavedra y muchos más. Castilla demostró tener grandeza de alma, desoyendo las voces calumniosas y canallescas, que en estos casos nunca faltan, contra hombres que habían probado su patriotismo, que luego confirmaron en forma culminante y no quiso aceptar las dimisiones que por delicadeza presentaron de sus cargos diplomáticos los hermanos de Gálvez, don Pedro y Manuel María, que acababa de recibirse de abogado, precisamente el día de la revolución, que su hermano mantuvo en reserva estricta. En este golpe de Estado hubo una serie de incidentes pintorescos y entre los que más valor sereno demostraron estuvo don Pedro José Saavedra, que atravesó la plaza de la Merced, de la calle de Jesús Nazareno al Lezcano entre un diluvio de balas y como le preguntaran porqué se había expuesto tanto, contestó: “—¿Cómo no lo iba a hacer, si en la esquina me miraba don José!”

Un ardiente admirador del General Cáceres puso el siguiente letrero en una de las calles de Lima: “*E General Cáceres nunca tuvo miedo*”. Un estudiante, probablemente en el mes de diciembre, añadió abajo: “*Porque nunca dió examen*”.

El General Zuloaga tuvo, cuando era Coronel, un asistente apellidado Pucó, moreno él y dicharachero y gracioso como pocos. Tenía Pucó la costumbre de hablar de tú a cualquiera y cuentan que en una ocasión después de servir afablemente a su jefe, le preguntó:

—¿Tomarás café o tomarás té?

—Tomaré café, contestó el Coronel Zuloaga, viendo que se le daba a escoger. Pero incontinente, Pucó le dijo:

—*Pues tomarás té, porque no hay café...*

El General La Coterá, fué hombre de probadísimo valor personal y de gran arrogancia, es cosa por todos sabida. Pero lo que quizá no sepan muchos es un acto suyo cuando el pronunciamiento del batallón “Guardia Peruana” en 1879, cuando La Puerta, estaba encargado del mando como Vice-presidente y La Coterá, desempeñaba la cartera de guerra. Las crónicas de esos días describen el valor enorme que reveló La Coterá, pero naturalmente no pueden consignar todos los detalles. Entre otros hay uno particularmente expresivo.

Un señor —cuyo nombre no mencionaremos— disparó cinco tiros, sobre La Cotera, desde el balcón del Club de la Unión que da a la plaza, en momentos en que el bravo general no lo veía. Volvió grupas La Cotera, sentó su caballo frente al balcón y encarándose con quien supuso que le había disparado, le gritó, sin intentar siquiera hacer uso de su arma: "*¡Miserable! Te desprecio.*"

Cuando el Contralmirante Montero era jefe de la división de Arica, en la época de la guerra, fué a recibir a Grau, que tenía entonces menos graduación que él y que acababa de llegar con el Huáscar". Bajaron juntos a tierra y Montero dió el brazo a su gran paisano y amigo. Grau, que era hombre disciplinado y respetuoso, quiso ceder el sitio, de honor diremos, a Montero, más éste con su habitual modo cariñosamente dominante, le dijo: *No, Miguel, hoy te toca a tí.*"

Cuando el General Mitre vino a Lima gobernaba Castilla, quien dió en honor del ilustre desterrado argentino un paseo a Amancaes. A la hora de escoger los caballos, presentaron al Mariscal entre otros, uno muy hermoso, pero de mucho brío y nervio y como alguien observara que era de peligro, dijo Castilla: "*Qué brío, ni qué brío: se trata de un general y general gaucho por añadidura*". El caballo apenas fué montado por Mitre, dió un corcovo y arrojó al huésped en pleno patio de Palacio, ante el bullicioso comentario de toda la concurrencia. Parece que Mitre no perdonó nunca a Castilla ni al Perú la criollada de nuestro Mariscal.

En materia de exageraciones, pocas más graciosas que la de Joaquín Suárez La Croix refiriéndose a un prólogo escrito por el Comandante Montani, a no sé qué obra de carácter histórico-militar que había escrito. Leyó el prólogo Montani a su amigo y éste, después de escucharlo, se fué a "La Prensa" y ante un grupo de amigos, dijo:

—*Me acaba de leer Alejandro Montani, un prólogo, que junto a la Historia de César Cantú, resulta un telegrama...*"

En una comida que le dieron, hace algún tiempo, a Hernán Bellido, hubo una discusión entre un capitán del Ejército y el poeta José Carlos Chirif, agriándose los ánimos, al punto que el capitán sulfurado y un tanto agresivo por las libaciones, le dijo a Chirif:

"*Fíjese usted que tengo tres galones*", y Chirif sin inmutarse y cuadrándose se limitó a decir: *¿Y cuantos litros tiene un galón*"...

El General Castilla tenía un medio segurísimo de saber cuándo un soldado de la sierra se le iba a desertar. Según él cuando la nostalgia indígena era ya incontenible, el indio se ponía a cantar a media voz o a silbar aires de su terruño. Por eso en cuanto escuchaba a algún recluta entonar un huaynito o un yaraví, ordenaba que se le diera veinticinco látigos, porque, como él decía, *indio que silba aires de su tierra, desertor seguro*...

Tenía D. Ramón Castilla entre sus ayudantes uno especialmente listo y algo petulante, que en cierta ocasión se resintió con el Mariscal, porque no le había confiado una difícil comisión, llegando a decir en son de reproche: "*¡Si yo tengo manos para todo!*" Pasaron los años y en la segunda administración del Mariscal, llegó una noche de tertulia a casa del Mariscal el ayudante de marras, hecho ya todo un coronelazo y le dijo con alarmada voz al Presidente: Señor, en Plumeros, en casa de Gálvez, están reunidos *ahora mismo* los conspiradores".—El General en voz alta, le contestó muy tranquilo: "Pues *ahora mismo también*, vaya usted y tráigamelos a todos del pescuezo" y como observara el Coronel que eran muchos, Castilla se lo quedó mirando y sonriendo, le dijo: "*No habíamos quedado en que usted tiene manos para todo?*"

Tres peruanos llegaron a alcanzar la alta clase de Capitanes Generales en España en los siglos XVII y XVIII y ellos fueron Vásquez de Acuña, Marqués de Casa-Fuerte; Avellaneda, Marqués de Valdecañas y don Pedro Corvete.

En una de las administraciones de Castilla, fué éste invitado a examinar al Seminario y asistió con su Gabinete. Cuando se presentó el primer alumno, le pasaron *la tabla*, que así llamábase entonces el programa y Castilla con entonada voz, preguntó: —"Qué es *Piscología?*"—El Ministro de Instrucción, le susurró alarmado: —"Mi General, en griego se dice *Psicología*" a lo que en voz alta replicó Castilla: —"*Psi?* Pues el Gobierno no está obligado a saber griego. A ver, joven que es *Piscología?*"

Al General Morales Bermúdez le hacían las visitas de su antecesor y protector el General Cáceres la misma gracia que al pupilo las del tutor, pero como no podía excusarse de recibirlo cuentan que, después de desahogarse a la criolla, daba un golpe sobre la mesa, y decía muy suelto de huesos al anunciante: "*Que dentre*".

El argentino don Francisco de Paula Otero, que fué General y prócer de nuestra Independencia, formó con grandes esfuerzos en el departamento de Junín una montonera. Hombre activo, enérgico, valiente, contribuyó con eficacia y denuedo a la obra de la libertad, pero no era militar y se improvisó de tal para cooperar a la lucha con los godos. Refiérese que en cierta ocasión, en Tarma, hallóse con que tenía reclutados más hombres de los que en esa época formaban una compañía y no sabiendo cómo llamarlos y pareciéndole poco arengarlos como compañía, les gritó atentamente: "¡Compañón, marchen!"

Había en Pacasmayo, no hace muchos años, un peluquero llamado Cedrón, hombre parlachín y decididor, que había acaparado la mejor clientela, considerándosele como el mejor monda cocos y rapabarbas de toda la circunscripción. Entró un día al establecimiento un caballero, bien portado, entrado en años ya, de continente severo y reposado. Cedrón solícito y dicharachero comenzó a atenderlo. Fijóse el caballero en un retrato colocado sobre el espejo central. Era del general Cáceres, arrogante en su figura enhiesta. Picóle la curiosidad el retrato y dirigiéndose al Figaro, le preguntó: —"¿Parece que es usted partidario de ese militar?" Oír esto Cedrón y declarar su devoción resuelta por el héroe de la Breña fué todo uno y entusiasmándose dijo de su partidarismo, de las campañas en que al lado de Cáceres estuvo tanto contra los chilenos, como contra el *cholino flojo del General Iglesias*. Parece que esta última frase interesó sobremanera al cliente, quien comenzó a interrogar a Cedrón minuciosamente, quedando el pobre don Miguel cual digan dueñas, pues Cedrón no creía ni en lo de *Sin Pablo* ni en lo del *Morro Solar* y mareado por su propia incontenible charla, llegó a afirmar que él, con sus propios ojos le había visto correr más de una vez. Concluyó de servir al sonriente y afable caballero y sacó este de su monedero una libra de oro y la entregó al rapabarbas, que buscó afanosamente vuelto. Pero el cliente con sencillez le dijo: que no se preocupara y guardase el vuelto como un obsequio por la sabrosa charla

que tanto le había distraído. Abrió tamaños ojos Cedrón que no esperaba tanta rumbosidad y quiso conocer el nombre del generoso señor. Muy tranquilo entonces, dijo éste:

—“*Guarde eso, mi amigo, en recuerdo del cholito flojo del General Iglesias.*”

Cedrón casi cae de rodillas, se rectificó, se enredó y según dicen personas que presenciaron la escena, poco faltó para que digera a Iglesias el *Bendita sea tu pureza...*

Cuando la revolución contra Echenique, el general Mendiburu aconsejaba atacar a Castilla, antes de que éste se reuniese con San Román, de quien Mendiburu tenía alto concepto como militar y por fin, después de muchas meditaciones, el brillante y poderoso ejército de Echenique salió en dirección a Jauja, donde se aseguraba se encontraban los castillistas. Y así fué en efecto; pero con asombro de todos, ni Echenique atacó a Castilla, ni éste a aquel. Mientras uno mandó preparar rancho, el otro ordenó lavar los rifles. Y de la noche a la mañana, sin que se llegara a saber exactamente el motivo, las tropas del Gobierno regresaron a marchas forzadas hasta Lima, dando lugar a que Castilla, adelantándose a Cáceres en lo del *huari-pampeo*, se uniese a San Román y ganase por esta unión la batalla de La Palma. Pues bien: los limeños, al inesperado regreso de Echenique lo bautizaron con el gracioso nombre de: “*la toma de aliento*”

De literatos

Octavio Espinoza y G. fué, como se sabe, uno de los bravos asaltantes en el famoso 29 de mayo y le tocó actuar en el local de la Prefectura. Cuando la causa estuvo perdida, Espinoza sin perder su serenidad y dueño de su ingenio, dejó su rifle, se calzó con toda corrección los guantes, se alisó la cabellera y con gran desenfado abordó al doctor Eulogio Romero, y a nombre de “El Comercio”, le hizo un reportaje, logrando así salir de la ratonera, pues cuando los centinelas le detuvieron, el propio doctor Romero ordenó se le dejara salir. En aquella misma noche, Espinoza estuvo en el decano, ofreció datos tan pintorescos como fidedignos de lo acaecido, y comprendiendo que por la confusión de los primeros instantes, no se le buscaría tan pronto, no se ocultó hasta el día siguiente, en que, como es natural, se hizo humo. Alguien asegura

que salió disfrazado de inglés y que en el muelle, se dió el gusto de retratar, con el «*koda*» de viajero que llevaba, a uno de los *soplones*, que atisbaba si, entre los viajeros, iba alguno de los conjurados.

Cuando el dibujante Alcántara Latorre, llegó a Lima y fué a la redacción de "Variedades", encontró a Clemente Palma departiendo con Federico Larrañaga, Leonidas Yerovi y José Gálvez y parece que le sorprendió ver esa *Asamblea de bellezas peruvianas* y como si nunca se hubiese visto al espejo, se atrevió a decir a alguien: "¡*Pero, qué feos son en "Variedades!"* Poco después ingresó a la revista como dibujante y Federico Larrañaga, que había tenido noticia de la exclamación de Alcántara, aprovechó al escribir una *silueta bohemia* sobre Gálvez, para decir lo siguiente: "*Gálvez pertenece al «stoc» de feos de "Variedades", del que la primera figura es Clemente Palma y la última el dibujante trujillano Alcántara Latorre, cuya fealdad permanece aun inédita. ¡Ojalá nunca se retrate!*"

Paseando por las calles de Madrid don Ricardo Palma con su hijo Ricardito, se cruzaron con un vendedor de *maní*, que pregonaba a voz en cuello: "*Cacahuete americano, cacahuete americano!* Al chico Palma le llamó la atención la palabrita o no la oyó bien y preguntó a su padre, quien lleno siempre de buen humor y de picaresca gracia, le dijo: "Eso lo dicen por tí.

Cuando apareció en Lima el libro colectivo que una serie de poetas noveles, editó con el título de "*Las Voces múltiples*", el ingenio anónimo limeño lo bautizó con dos nombres: uno algo tosco y otro más espiritual, en que se aludía, sin duda, a la circunstancia de no haber sido editados hasta entonces los coautores: "*Las coces múltiples*", fué el primero y el segundo: "*Carrera de consuelo...*"

Una vez en toros Carlos Sánchez Gutiérrez, que era un simpatiquísimo torbellino de salud espiritual y de alegría, llamó a Manuel Moncloa, que es un torbellino de gracia y le hizo lugar para que viera la corrida cómodamente sentado. Entablóse la charla cordial y de pronto Moncloa amistosamente intentó tomar la cabellera a Sánchez Gutiérrez que le dijo: "*Cria cuervos y te sacarán los ojos...*", a lo que replicó Moncloa: "*Menudo trabajo tendrían los cuervos buscándote los ojos...*"

Un poeta que comenzaba, invitó una noche a su casa a Valdelomar, para leerle un poema. Acudió Valdelomar, solícito y puntual. El poeta comenzó a leer sus versos, mientras su invitado se arrellanaba en los blandos cojines de un sofá. Entusiasmado el joven bardo declamaba, declamaba ante el silencio de Abraham, silencio que consideraba aprobatorio y hasta admirativo, pero un ligero ruido le hizo volverse: *Valdelomar roncaba plácidamente...*

Almanzor Paz Soldán, poeta y bohemio empedernido, era un *pirolista* acérrimo. Después del 95 pretendió un puesto gubernativo y don Nicolás tardaba en servirlo, hasta que un día Paz Soldán esperó a su jefe a la salida de Palacio y decididamente le aborció. Don Nicolás dijo a su partidario que esperase, "que era indispensable que hubiese una vacante", a lo que Paz Soldán con gran vivacidad, replicó: "Recuerde don Nicolás que *cuando lo trajimos a la Presidencia, ésta no se encontraba vacante*". La ingeniosa salida le valió muy poco, porque no logró ser destinado...

Una de las *trompeaduras* más curiosas que ha habido en Lima, fué la que se propinaron José Santos Chocano y Enrique López Albújar en el Portal de Escribanos y en la que sacó la peor parte el cantor de Bolognesi. El *suceso* se realizó allá por el año noventaitantos.

En cierto pueblecito de España, Sassone que estaba como conferenciante de la compañía de Tallaví, indignado por que la mayor parte del público no se había dado cuenta de la significación del "Hamlet", que se ponía en escena, acordó en un entreacto con Tallaví, silbar al público y como lo pensó lo hicieron, saliendo al telón corrido toda la compañía y propinando al público, que en gran parte creyó que se trataba de una de las tantas *locuras* del drama del poeta inglés, la más formidable silbatina...

Don Andrés Avelino Aramburú, el gran periodista, florido orador y charlador amenísimo y agudo, era muy solicitado, como se comprenderá, por todos los principiantes. Había, entre ellos, uno que de manera especial acosaba a don Avelino con toda clase de preguntas, doquiera lo encontrase, preguntas que el insigne editorialista respondía con su habitual afabilidad y cortesía. Pero a la larga fué hartándose de la

majadería con que el aspirante a literato y periodista, le obsequiaba y en cierta ocasión en que se encontraba don Avelino rodeado de amigos en la puerta de la Camisería de García, en Espaderos, comentando la callejera y sabrosa chismografía limeña, llegó el aspirante, que parece que no pasó del grado, y comenzó su inacabable interrogatorio. Preguntó a Aramburú qué hacía para tener siempre un fresco ramo de violetas en el ojal, qué para hablar y escribir tan bien, qué para ganarse auditorios y simpatías, y llegando al colmo y colmando por tanto, la paciencia del benévolo interlocutor, llegó a preguntarle: "Oiga, mi don Avelino, si usted no fuese lo que es, ¿qué hubiera querido ser?" Y don Avelino, hartó ya, le contestó, apabullante: "¡Sordo!"

El gran dibujante Málaga, le escribió una vez al poeta Gálvez y entre otras cosas, le decía: "Es usted de los pocos paisanos, de los que *no he hablado mal... todavía*"... Y Gálvez, le contestó: "*No me extraña, porque de mí no han hablado mal, sino los que me debían algún favor, o algún exceso de consideración.*"

Hubo una época en que el escritor y periodista don José Fermín Herrera, dió en la manía de escribir basado en las coincidencias numerales, siendo el *trece* su cifra favorita. Se moría un personaje, pues don José Fermín encontraba que el difunto había nacido en *trece*, había hecho la primera comunión a los *trece*, se había casado a los veintiseis, que es el doble de *trece*, había escrito *trece* obras, firmaba con *trece* letras y por último que si no había muerto en *trece*, apenas faltaba uno para tal número, porque se había muerto un doce; y así sucesivamente. Pues bien en el segundo período de Piérola, don José Fermín fué nombrado Visitador de Municipalidades, Beneficencias, etc., en determinada región de la República y como es hombre versado y capaz, envió al Gobierno lucidos informes. Parece que en uno de ellos se quejaba de cierta institución de cierto lugar y lo hacía sin circunloquios ni rodeos. El Ministro del Ramo llevó el informe a don Nicolás y le dijo: "¡Qué tal don José Fermín!" ¿Qué le parece, don Nicolás? Y Piérola, sonriendo, le contestó: "*Nada que como siempre se ha puesto en sus trece.*"

En un libro interesantísimo que ha escrito el Padre Rubio en La Habana y que se titula sugestivamente "*Lo que me enseñó la vida...*" hay una serie de pensamientos, aforismos, observaciones, admirable-

mente escritas y en las que se advierte una curiosa faz de la personalidad del poeta agustino. En ese libro hay una observación que no puede referirse sino al Perú. Dice textualmente: "*En cierto país de Sud América, he visto a un coronel enseñando Metafísica y a un cura dirigiendo montoneras*". ¿No es verdad que el coronel debe ser don Hildebrando Fuentes (Q. E. P. D.) y que el cura es seguramente el celeberrimo Chumán?

Fama de venenoso —ni quito ni pongo rey— tiene el artista Darío Eguren Larrea y según afirman los que bien le conocen es temible a este respecto. Con su facha que parece mezcla de pelotari vasco y de dandy argentino, Eguren no sólo le hace una caricatura al lucero del alba, sino que le pone un mote al propio inventor del alias o le suelta una fresca al mismísimo dios Neptuno. Hay pues que temerle. Cuentan que llevado de esa fiebre de multiplicidad que le caracteriza y que le induce a escribir en serio, en broma, en político, en administrativo y hasta en artístico —sus múltiples seudónimos lo acreditan— comenzó en cierta oportunidad a reunir datos para no se qué colección de artículos de carácter económico, después de haberlos hecho sobre cuestiones internacionales y se llegó donde el doctor Palma, a pedirle algunas informaciones. Un cronista taurino, loco aficionado al arte de Cúchares que estaba presente, le dijo: "Caracoles! Tú te atreves con todo. Tú tienes cabeza para todo... Y Eguren le replicó "*Pobre de mí si tuviera una cabeza como la tuya, en la cual sólo caben los cuernos*".

En el estreno de la obra de un autor nacional (creo que don Carlos Guzmán y Vera), el público pidió que saliera a la escena el autor, quien tardaba en hacerlo, tal vez por modestia o porque esperaba más calurosa unanimidad en las llamadas. Se prolongaba la tardanza con molestia de los espectadores, que seguían aplaudiendo, hasta que puso fin a la escena, con una de sus cáusticas salidas Octavio Espinoza y G., que a voz en cuello, gritó desde un palco

—"*¡Que salga, no más, que no le vamos ha hacer nada!*"

No hace mucho publicó "El Comercio" una relación de una comida brindada al Encargado de Negocios de México, señor Moreno, por un grupo de amigos y publicó unos versos improvisados en forma de diálogo entre el secretario de la Legación de Colombia, señor Lozano y Ricardo Caso. Los versos fueron muy comentados, por razones diversas, y como se dijera

algo sobre el particular delante de Manuel Moncloa, ipso facto, improvisó el siguiente ingenioso juego de palabras:

Nunca he visto tan *lozano*
brillar un ingenio: *es caso*
tan singular y extrahumano
que *Caso*, que no *es escaso*,
resultó casi en *ocaso*
comparado al colombiano...

Jugando una vez Octavio Espinoza con Tomás Miró Quesada, no se qué juego de baraja —rocambor o bridge— al ver que Miró Quesada tardaba una eternidad meditando una jugada, le dijo con sus graciosísimas exageraciones: “*El pensador de Rodin junto a usted, resulta una bicicleta...*”

Víctor Andrés Belaúnde, el fantástico y talentoso Víctor Andrés entregó en cierta ocasión un retrato suyo a la redacción de “La Prensa”, del que se hacía lenguas, por lo acabado y artístico del trabajo. También se lo habían solicitado en “La Crónica” y como tenía miedo a perderlo, fué a “La Prensa” para personalmente recogerlo y entregarlo a “La Crónica”. Se entretuvo charlando y por fin con su envoltorio bajo el brazo se dirigió a esta imprenta. Llegó, saludó y con aire oratorio comenzó a hablar del retrato. Hizo dos o tres frases teatrales, despertó la curiosidad de los oyentes y por fin entregó la joya. Julio Hernández desenfundó el paquete, todos se acercaron a ver la obra de arte y ante las miradas ansiosas, apareció... *el Señor de Luren...* En “La Prensa”, habían equivocado los paquetes.

Contaba don Manuel González Prada que una vez en París, siguió varias cuerdas a Verlaine, hasta que el desgraciado poeta entró a una taberna, donde tuvo la más odiosa escena con una mujer grosera que llenó al gran lírico de improperios. Decía Prada que vió salir a Verlaine tambaleándose y le oyó claramente esta amarguísima frase: “*¡Y pensar que para esta mujer escribí “La Buena Canción”!*...”

La primera vez que usó Luis Varela Orbegoso el seudónimo *Clovis*, fué en un periódico escolar, llamado “La Juventud”, que dirigió José Lora y Lora en el Colegio de Guadalupe.

Hasta la época de la guerra con Chile, llamábase *chilena* el popular baile de la *zamacueca* y fué don Abelardo Gamarra (El Tunante), quien lo bautizó con el de *marinera* y tal maña y esón gastó en su propaganda, que al cabo de poco tiempo, consiguió su objeto.

En una ocasión llevaron a "El Comercio", un comunicado contra su propietario don Manuel Amunátegui. El administrador fué a ver a don Manuel y le consultó el caso. Amunátegui se limitó a preguntar si reunía los requisitos legales y autorizó la publicación sin preguntar el nombre del garantizador, que no tuvo nunca la muy humana curiosidad de conocer.

La primera vez que habló en público José Gálvez, no fué en el entierro de Amézaga, sino en un banquete que en el antiguo Restaurant de la Exposición dió a Chocano, en vísperas de irse a España con la misión Cornejo, un grupo, habiendo ofrecido el agasajo Francisco García Calderón. Allí Gálvez, que era un chiquillo, completamente inédito aún, leyó unos versos en homenaje al cantor del Morro, donde vino a revelarse como poeta.

Encontró una vez Carlos Sánchez Gutiérrez a Pancho Carrera Raygada, rigurosamente vestido de luto en la esquina de la Merced. Creyendo que el simpático Carrera había sufrido una desgracia, le interrogó: —"¿Por quién estás de luto?" —Y abriendo los ojos Pancho, con la más trágica de sus entonaciones, le contestó: —"Por mi terno claro..."

Don Manuel Gonzáles Prada, que pertenecía a una antigua y linajuda familia, se educó —¡oh formidable contraste!— en el Seminario y en un ambiente doméstico esencialmente conservador y aristocrático, tanto que, según él mismo lo decía de joven, pretendía descender nada menos que de doña Urraca.

Entre don José Gregorio Paz Soldán y don Manuel Atanasio Fuentes, había una tremenda enemiga. Después de muchas pullas, Fuentes tuvo la formidable ocurrencia de mandar a hacer a Europa unos artefactos de uso muy personal y reservado, en cuyo fondo aparecía grabada y con la boca abierta, la no muy hermosa cara de don José Gregorio, y llevó su audacia hasta a poner a la venta y a bajo precio las típicas

vasijas, que parece procuró adquirir en su casi totalidad la ilustre víctima.

Dos escritores peruanos que usan siempre tinta morada en sus escritos son, Ventura García Calderón y Felipe Sassone.

De la vida estudiantil

Hace tiempo, era costumbre en la Universidad llenar las paredes de dibujos figurando lápidas mortuorias con epitafios a los que salían mal en los exámenes, muy especialmente en la época en que era preciso rendirlos para ingresar a ella, sujetándose a los famosos cuestionarios que tanto asustaban a los examinandos de aquellos días. En cierta ocasión, en que salió mal, no sé de cuál examen el hoy abogado doctor Pedro Genaro Delgado, dibujaron la consabida lápida y en ella pusieron "Aquí yace el bruto Pedro Genaro Delgado *cullos* restos descansan en paz". Delgado leyó el epitafio y bajo él escribió estos versos que algo modificados reproduzco:

"Te crees *bellaco* en tu orgullo
que eres genio o algo más,
pero el que aquí mora en paz
no escribe con *ll* cuyo:
y aunque soy bruto podría
a tí y a toda tu cuerda
darles, pedazos de *cerda*
lecciones de ortografía..."

La primera poesía que publicó José Gálvez, cuando tenía catorce o quince años, fué una composición a Alfonso Ugarte —malaza por cierto— en "La Voz Guadalupana", periódico que él con Paz Soldán, Badham, Monge, que hacía larguísimas odas patrióticas y otros muchachos de su época, fundaron en el Colegio de Guadalupe. En esa misma revista hicieron sus primeras armas literarias: Lora y Lora, el doctor Bernardino León y León, Muñoz y de Vivanco, Alberto Jiménez, y algunos otros. Recuerdo que Badham le hacía versos a una *Balbina*, a la que llamaba a cada rato *ondina* y que Gálvez en la poesía citada, confundió *mujeriego* con *afeminado*, sin duda obligado por la fuerza del consonante.

Al ingeniero Rafael Rey y Alvarez Calderón, le ocurrió un gracioso percance en unos exámenes en el Colegio de la Recoleta. Debía rendir la prueba final del curso de Zoología y Botánica, y con la nerviosidad de la espera, se puso a repasar, inquieto y vehemente, la familia de los simios. Paseaba y paseaba por los claustros, esperando su turno, cuando oyó que le llamaban: *Rey, Rey, apúrate!*". El muchacho atolondrado y tembloroso, llegó al aula y ocupó el fatídico asiento. Uno de los examinadores, sin dejar que el examinando se repusiera, le dijo a quemarropa: "A ver, un ejemplo de molusco". Y Rafael Rey, confundido y asustado, contestó de un tirón: "*¿De molusco? "El mono!"*"

En exámenes de Historia de la Civilización llamaron a José Santos Chocano —ya de esto hace fecha— y don Manuel Marcos Salazar le dijo: "*Ocúpate del progreso*". Chocano, que reveló sus rebeldías y genialidades desde estudiante, no era de los más estudiosos, ni mucho menos capaz de repetir los textos de memoria y al contestar lo hizo divagando hasta que como quien se coje a un madero en un naufragio, con la más declamatoria solemnidad dijo "*El mundo marcha, como dice Pelletan*"... Pero don Manuel Marcos, no le dejó proseguir, con esta frase: "*El mundo marcha... a su ruina con estudiantes badulaques como tú*". Y lo aplazó.

El Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe ha funcionado en varios locales. Se fundó en la calle de la Chacarilla en el antiguo edificio del Estanco, que antes había pertenecido a los Jesuitas; cuando su Rector don José Gálvez se levantó en armas contra Echenique, tuvo que trasladarse a la Plaza de San Marcelo, por la hostilidad de aquel Gobierno, y durante la Guerra con Chile, algunos profesores del plantel dictaron sus clases en el local de la Cámara de Diputados, en la Plaza de la Inquisición.

Don Sebastián Lorente y Benel, solía, después de haber sido Director del Colegio de Guadalupe, conversar afablemente con muchos de sus antiguos discípulos, que lo detenían respetuosamente en la calle a preguntarle por su salud. En cierta ocasión, en que acababa de sufrir un fuerte ataque de gota uno de sus muchos ex-discípulos le preguntó: "Don Sebastián, ¿cómo va esa gota?".—Y el doctor Lorente le contestó: "*Ay, hijo, esto ya no es gota, sino chorro...*"

Una de las cosas que ha sacado siempre de su habitual afabilidad al doctor Manzanilla, es que sus alumnos lleguen tarde a clase y le interrumpen en sus explicaciones. En cierta ocasión José Varela Orbegoso a la sazón estudiante, llegó pasadas las ocho y cuando el delicioso maestro hacía ya varios minutos que hablaba. Varela entró sonoramente a la clase. El doctor Manzanilla interrumpió su oración y algo amostazado dijo sencillamente: "Señores, la clase empieza a las ocho en punto"—, a lo que replicó Varela: "En mi reloj falta un minuto para esa hora, señor doctor.—"Pero en el de la Universidad son las ocho y diez", insistió el doctor Manzanilla.—"No lo dudo, doctor, pero el reloj de la Universidad es demasiado grande para mis bolsillos".

He recordado ya que el doctor Manzanilla lo único que no tolera a sus alumnos es que lleguen tarde a clase y le interrumpen en sus explicaciones. Un día un estudiante provinciano y tímido llegó tarde y no atreviéndose a entrar se quedó a la puerta escuchando. Poco después llegó Luis Ernesto Denegri y con la propopeya que le caracteriza y a grandes sonoros pasos atravesó el salón y tomó asiento. El ilustre maestro paró en seco su explicación y con el más cortés de sus ademanes se dirigió al provinciano tímido y le dijo:

—*Pase, amigo, tome asiento, pase...* ¿Porque no pasó antes? ¿Por temperamento...? Y dirigiéndose a Denegri con la más grave seriedad, le dijo: *¿Y usted porqué ha entrado?*—*Pues, por temperamento, repuso Denegri.* Y desde entonces data la buena amistad de ambos, porque al doctor Manzanilla le cayó en gracia la fina e intencionada respuesta...

Explicando en clase de Física el doctor don M. Dulanto, la impenetrabilidad de los cuerpos, concluyó su interesante explicación diciendo: "Además, si los cuerpos fuesen penetrables no habría entre los hombres cuestiones más o menos quisquillosas por la vereda, pues se atravesarían unos entre otros y seguirían tan campantes su camino..."

El hoy doctor Monge tuvo de adolescente grandes aficiones a la poesía y reveló aptitudes y fino oído. Sus versos, malos sin duda por la edad en que fueron escritos, eran bastante armoniosos. Para un 28 de julio escribió una larga oda patriótica, en la que refiriéndose a los generales de la Independencia decía: "Sucre, Bolívar, San Martín, La Mar..."

Pero el cajista de "La Voz Guadalupana" puso con minúscula el nombre del último y los muchachos se quedaron convencidos de que Monge había querido decir: "*la mar de generales*".

Don Constantino Salazar, siguiendo las costumbres patriarcales de don Manuel Marcos, solía hablar de tú a todos sus alumnos y una vez en Guadalupe, a un muchacho llamado Román —hermano del escritor José Antonio, fallecido en Barcelona— le preguntó: "*¿Sabes la lección?*" y con gran insolencia se vió respondido así: "*¡No! ¿Y tú?*"

Cuando el doctor don José María de la Jara y Ureta era estudiante de Letras, que en general no lo fué de los más contraídos, se estudiaba un poco más que ahora, sin duda y los alumnos tenían mucho temor a los exámenes. Tratándose de la prueba de Historia de la Filosofía Antigua, la Jara no pensó presentarse a la prueba oral, para la que no se sentía lo suficientemente preparado y se limitó a rendir la prueba escrita, para tener derecho a dar exámenes de aplazados en marzo, pero sus compañeros lo animaron, vacilando la Jara, porque como dijo, sólo sabía bien Sócrates.—"*Eso sí añadió, si me toman Sócrates, no paro hasta hacerle tomar la cicuta.*" Y entre sí rendía examen o no rendía, se pasaba los momentos, hasta que lo llamaron, un grupo lo empujó y la Jara se encontró en medio salón, sin saber por qué decidirse. Pero lo guapearon y subió al estrado. Examinaban el doctor Villagarcía, el doctor Deustua y el doctor Rodríguez, (don Pedro Manuel). Los estudiantes se apiñaban ante las puertas y ventanas, esperando el gran triunfo o el ruidoso fracaso. Se hizo el silencio y de pronto don Pedro Manuel, dijo a la Jara: "*Ocúpese usted de Sócrates.*" La Jara se acomodó en el asiento y como lo prometió lo hizo: no paró de hablar hasta que llegó a la *cicuta*. Dios y ayuda le costó después convencer a sus compañeros, que no había habido arreglo previo o *camarón*, como se dice en jerga estudiantil. . .

En el Colegio de la Recoleta y en clase de latín el padre Anselmo preguntó una vez al alumno Francisco Ramos y García Calderón la conjugación de *fio, fis, factum, fieri*. y para facilitarle el trabajo le dijo: *fio, fis, etc., (ser hecho)* y atolondrado Ramos, atendió sólo a la traducción y muy campante dijo: "*¿Ser hecho? Pues ser hecho, serechis, serechemus, serechetis. . .*"

El doctor Deustua tenía grandes simpatías por Enrique Basadre y en exámenes de Filosofía Subjetiva, no sólo lo trató muy bien, sino que le dejó escoger tema. Basadre escogió *imaginación* y salió aprobado. Subió después al estrado Ernesto Espejo Palma, que creyó que el buen humor de don Alejandro era general ese día y con la voz velada por la emoción le dijo; "*Doctor, yo he preparado muy bien memoria*". Pero el doctor Deustua, le entendió que había preparado *de memoria* y con la más aguda y acerba de sus voces le dijo: "*Mi amigo ¿de memoria? Aquí no se viene a estudiar de memoria, sino a pensar a filosofar.*" Y no dejó continuar al examinando que tuvo que volverse a su asiento...

En clase de Derecho Romano, preguntó una vez el doctor Alzamora a Raymundo Morales de La Torre, no se qué institución jurídica y Morales, ayudado por los *soplidos* de Manuelito Gallagher, llenó más o menos su cometido. Don Lizardo preguntó entonces al futuro abogado quién había sido el autor de esa institución y como Gallagher, le soplara: *Ulpiano*, sin acordarse que el tal no había sido sino juriconsulto, lo elevó a la más alta situación política y con la voz sonora y firme, contestó: "*El Emperador Ulpiano*".

El *bachiller* Ademar Pagador, Vice Rector del Colegio Nacional de Trujillo y profesor de Geografía y Constitución, no perdonó jamás que omitieran, al dirigirse a él, su título de bachiller. Cuentan que allá por el año 1888, un alumno recién ingresado le llevó una carta-excusa de su padre, que simplemente principiaba así: "Señor Ademar Pagador". Furioso éste, antepuso a su nombre un gran *Br.* e hizo que el alumno se le acercara.

—¿No sabe su señor padre, que debe poner a las personas el título que les corresponden?

El alumno lo miró azorado.

—¿No sabe usted lo que significa Br?

—La verdad, señor —le respondió el alumno— que no lo sé.

—¡*Burro!* le replicó Pagador y dando media vuelta dejó al estudiante con un palmo de narices. No se sabe si el muchacho entendió que *Br.* significaba Burro o si con la mala intención que caracteriza a los estudiantes, contó aviesamente la anécdota a sus compañeros, pero el hecho es que desde aquel día hasta la fecha en que es un venerable anciano y profesor jubila-

lado a quien rodea el cariño y simpatía de todos, sus antiguos alumnos le llaman cariñosamente *El Burro*...

Cuando era alumno de San Fernando el vate romántico Manuel Nicolás Corpancho, el insigne maestro don Cayetano Heredia le dijo que hiciera el diagnóstico de un enfermo, que recién llegado de Puno ingresó al hospital. Sabiendo que los indígenas de aquel departamento difícilmente se acostumbran a vivir lejos del terruño, el celebrado autor del *poeta cruzado*, después de examinar al doliente y dirigirle algunas preguntas, opinó muy gravemente: "*Tiene nostalgia*".

El doctor Heredia se acercó al indio, lo reconoció con prolija minuciosidad y mirando de hito en hito a Corpancho, exclamó: "*¡Nostalgia, nostalgia! ¡Enfermedad de poetas! Lo que este cholo tiene es una disentería que se lo lleva la trampa...*"

Fué Froilán Sánchez Rodríguez, hoy grave juriconsulto, mozo listo y mataperro de los de empuje, hasta en la misma Universidad. Los alumnos de la Facultad de Letras tenían en su tiempo la costumbre de cerrar cierta ventana, para poder leer con comodidad la lección y un día que estaba abierta, subióse Sánchez Rodríguez sobre los hombros de un joven Berninzon y con un bastón comenzó a cerrar la ventanilla de marras. En eso llegó don Manuel Marcos Salazar y al ver el cuadro graciosísimo, dió con el báculo que usaba, en las piernas de don Froilán, quien creyendo se trataba de un compañero, le gritó: "*Deja, deja, que derrepente llega el viejo...*"

Don Juan Lama, sobre el que se formó una leyenda exageradamente injusta, haciendo en cierta ocasión clase de Derecho Romano, por ausencia del profesor titular, pronunció una larga frase en latín. Un estudiante que la daba de listo se le acercó, concluida la explicación y rodeado de sus compañeros dijo a don Juan, que, como tomaba apuntes, le agradecería le tradujese el latinajo. Don Juan lo miró, miró al grupo, comprendió el juego y sonriendo contestó al postulante: "*¡Pedazo de cándido! ¿Crées que si la supiese en castellano la habría dicho en latín?*"

En uno de los exámenes de la Facultad de Letras don Manuel Marcos Salazar, que sin duda estaba de mala guisa, desaprobó a una serie de alumnos con una sola proposición: "*La raza zenda*". Felipe Sassone,

a la sazón universitario, sin amedrentarse por la mortandad, subió al estrado y al verlo don Manuel Marcos, que conocía las aficiones taurinas del bohemio, le dijo: "Quédate mejor para marzo, que la *raza zenda* está peor que la de Miura."

Hace ya unos siete lustros, se presentó a matricularse en la Facultad de Jurisprudencia, un mozo de gallardo aspecto y desenvuelto ademán y entre él y el Secretario, que lo era don Juan Lama, se entabló el diálogo de ritual:

—¿Su nombre?

—Augusto *Diurán*.

—¿*Diurán*? Es curioso. ¿De dónde es usted?

—De Huánuco, señor.

Don Juan Lama, dejó la pluma, se quitó las gafas y mirando fijamente al postulante, le dijo:

—Curioso, curioso! Yo he conocido a un señor *Gregorio Durand*, de Huánuco también.

El futuro universitario se cortó y creyó de su deber explicarse:

—Sabe usted señor, don *Gregorio Durand* es mi padre, pero mi abuelo era un francés, que se llamaba *Diurán*.

—Bueno, bueno, —dijo don Juan— *pero como usted es hijo de su padre y no de su abuelo, le pondremos Durand*.

Y continuó el interrogatorio habitual...

A Lucas León y Porta —un muchacho muy simpático que murió en edad temprana— le ocurrió en el Colegio de la Recoleta en exámenes de Historia Romana un gracioso percance, que revela hasta qué punto es absurda tal clase de pruebas pedagógicas. Le preguntaron la fundación de Roma y el chico olvidó el nombre de la madre de Rómulo y Remo. Uno de los examinadores insistió: "¡Cómo! ¿Ignora usted el nombre de la madre de Rómulo y Remo? León miró el techo, a sus zapatos, y la memoria no le ayudaba. Entonces un compañero le susurró: *Rea Silvia*. Oyó confusamente León y como no estaba para análisis y en la Edad Antigua siempre pasaron cosas muy raras, dijo como quien por fin acierta: "*Un rey Asiriol*"

Una vez aparecieron en los claustros de la Facultad de Letras estos versos:

Por haber comido mucho *macarrone*,
mucho *tallarine*, mucho *menestrón*,
se murió antenoche Felipe Sassone,
Felipe Sassone, de una indigestión.

Y al día siguiente, junto a los trascritos, aparecieron estos otros:

Por haber tomado mucha *chicha de jora*
muchos *anticuchos*, mucho *chonchoí*,
se murió ayer tarde José Lora y Lora,
José Lora y Lora, alias "El Jeli".

Una vez en clase se equivocó el doctor Villarreal en cierto problema. Cuando llegaron los exámenes, le tocó la misma proposición a un alumno Deza que comprendiendo que iba a salir mal dijo a su maestro con to'lo empaque: "*Recuerde el doctor que él también se equivocó en este mismo problema*" a lo que repuso Villarreal: "*Por lo mismo se quedará usted hasta marzo, porque yo deseo que mis alumnos sepan más que yo.*"

Cuando José Lora y Lora que era estudiante de Guadalupe, se le ocurrió hacer un drama fantástico en verso, en el que intervenían las autoridades del Colegio y los alumnos. Cada personaje tenía a su cargo tremendas tiradas de versificación y como no supiera cómo concluir su obra de sátira al Internado, optó por hacer que murieran los principales protagonistas estudiantes a consecuencia de la mala alimentación del plantel, y la broma que llegó a oídos del Director, casi le cuesta caro.

En clase de Filosofía Moral en Guadalupe, tomaba paso don Pedro Manuel Rodríguez y notó que un muchacho Madalengoitia *soplaba* la lección al examinando. Don Pedro Manuel, muy serio le preguntó:

— *¿Es usted consuetu?*

— *No señor; soy Madalengoitia* le contestó el interpelado.

En unos exámenes de Escuela Municipal o Fiscal hace ya algún tiempo y examinando creo que don Filiberto Ramírez, salió a rendir su prueba una negrita peripuesta y más llena de cintajos que una cucarachita martina. Era una banderilla de beneficio. El examinador la vió y le dictó a la pizarra, para que hiciera el análisis gramatical la siguiente frase:

"*La mona, aunque se vista de seda, mona se queda...*"

La negrita, muy serena, hizo su análisis correctamente y entonces don Filiberto, o quien fuese, le dijo: "Muy bien señorita, ahora usted misma construya una frase y analísela". Escuchó la examinanda y sin demora escribió con grandes letras en la pizarra:

"Mas vale negra educada, que blanco malcriado..."

En el Colegio de Guadalupe allá por el noventa y tantos la comida tenía entre los internos fama de escasa y mala. Un día Carlitos Moreno y Paz Soldán, que usaba entonces una peluca que le llegaba a los hombros y que era capaz de saltarse a un compañero desde el octavo paso y sin poner las manos, tuvo la peregrina ocurrencia de comenzar a quitarse el saco en pleno comedor, lo que fué visto por el Regente, quien con severidad le gritó: "Moreno, ¿qué es esto? —Nada, señor, contestó con humildad Carlitos, voy a tirarme de cabeza al plato, a ver si pesco un fideo."

Un alumno de la Escuela de Ingenieros preguntó a don Teodoro Elmore, profesor de construcciones civiles, en qué forma debía proceder para fabricar buenos adobes, dando a su pregunta toda la gravedad de una consulta técnica y Elmore le respondió sencillamente: "*Amigo mío, búsquese un buen adobero*".

En exámenes de Economía Política, Castorino Torres Wendell, que era un mozo simpático y guapo, después de contestar varias preguntas al doctor Manzaniella, que le examinaba, contestó a la pregunta: *Diga usted en cuatro palabras en qué consisten las operaciones de un banco*, lo siguiente:

"Un movimiento de venanillas..."

Acusaron una vez a don Bartolomé Herrera de haber maltratado a un alumno y al Ministro de Instrucción, que era entonces el doctor Gómez Sánchez, fué al Convictorio y con respetuosa gravedad, dijo al ilustre maestro: "No me ha dicho usted que es el verdadero padre de sus discípulos?"—"Ciertamente, respondió Herrera, y porqué lo soy, *ejercicio la autoridad paternal en toda su extensión e integridad*".

Un pobre inspector guadalupano el día de su estreno, fué víctima de una ingeniosa jugarreta de parte del hoy gran alienista doctor Caravedo, antaño grandísimo mataperro. Dejaron al Inspector de marras custodiando un grupo de castigados, que comenzaron

a hacer diabluras. Como no los conocía, comenzó a preguntarles a ellos mismos sus nombres, para que se les recluyese hasta más tarde y entonces a Caravedo, se le ocurrió ponerse el nombre del entonces presidente del Consejo de Ministros de Piérola, que era don Manuel Pablo Olaechea. Guiñó el ojo a sus compañeros, que comprendieron el juego y lo siguieron con toda sinceridad, y cuando el Inspector se fué a comer y el Regente comenzó a llamar a los que debían pasar a otro salón para dejarlos hasta las ocho, se encontró con que tenía castigado a todo el Ministerio!

Los hermanos José y Emilio Castañón, eran tan semejantes, que en cierta ocasión uno de ellos rindió exámenes por ambos, con la particularidad de que sacó buena nota para su hermano y mala para sí mismo.

De varios

Mario Casós,—el loco Casós,—como se le llama cariñosamente en Lima, ha viajado mucho, y como se sabe siempre ha hecho gala de su ingenio y de su empaque. Don Mario y un grupo de amigos peruanos, que estaban de paso en Madrid, ocurriéronseles tomarse un grupo fotográfico y para el efecto buscaron un establecimiento del género. Vieron un rótulo que indicaba uno y a él se encaminaron todos, que eran, si no me equivoco, Javier Conroy, Héctor Ugarte e Ismael Rey. Preguntaron en la portería y el portero les avisó que la fotografía estaba *arriba*. Subieron y en el primer piso volvieron a darse con el rotulito y la manecilla que indicaba que había que subir más. Llegaron al segundo piso y les ocurrió otro tanto. Vencieron, algo cansados ya, el tercero y el rótulo volvió a aparecer con su indicadora manecilla al costado. Llegaron al cuarto y lo mismo. Por fin en el quinto piso estaba el taller fotográfico. Tocó el timbre Casós y apareció el propio fotógrafo complaciente y atento. Los hizo pasar y les preguntó: "En qué puedo servirlos? ¿Qué se les ofrece? ¿Un grupo? ¿Una fantasía? ¿Qué?"... Y Casós, muy serio, le dijo por toda respuesta: "*No, mi señor y amigo, venimos aquí en representación de una empresa de ascensores.*" Inútil parece añadir que al madrileño le hizo la mar de gracia la ocurrencia de Casós y a la *volástica* hizo un grupo estupendo, por el que cobró *precio especial; el de los amigos de la casa.*

Estaba en el Club Nacional don Pedro López Aliaga jugando billar y se le presentó una jugada difícil que lo dejó meditabundo y un caballero, que no mencionaremos, se le acercó y le dijo: “¿qué hace usted, don Pedro?—López Aliaga se lo quedó mirando un rato y luego le contestó: “Algo que usted no podrá hacer nunca: *pienso*”.

El primero que se suicidó en el Club de la Unión, en la gran sala que da a la Plaza de Armas, fué en 1894, el marino José Gálvez, el mismo que en la guerra con Chile había hecho volar la lancha enemiga «Janequeo».

El Director de «El Minero Ilustrado» del Cerro de Pasco, uno de los mejores periódicos de la región del centro, tenía en la puerta de su casa una gran plancha de cobre en la que se leía: *Pedro Caballero y Lira Minero ilustrado*”.

Una de las más irrespetuosas y terribles *mataperradas* que se han hecho en Lima fué la que en el Portal de Botoneros, ideó y realizó Manuelito Zela Arriz con el Ministro del Celeste Imperio. Iba éste con su recamado y suntuoso traje de seda amarillo, luciendo bajo el birrete de finas borlas la larga trenza que a su rango correspondía, y Zela, no pudiendo resistir la tentación, colgóse con ambas manos del capilar apéndice del Excelentísimo diplomático y dió con él en tierra. Gritó el chino, se arremolinó la gente. Zela corrió como un gamo y el Secretario de la Embajada tras él, blandiendo un garrote; y mientras los celadores piteaban, hombres, mujeres y muchachos reían a todo trapo, y se armaba una bolina pintoresca, en que menudeaban, chillonas y excitadas, protestas en chino y sabrosos comentarios en el más puro léxico criollo...

En mayo de 1568, llegaron al Perú los primeros jesuitas, coincidiendo con su llegada al Callao hubo un gran eclipse de sol, el primero después de la conquista, y por tal causa se tuvo como de mal agüero la llegada de los hijos de Loyola.

Sabido es que el Excelentísimo señor don Jaime de Ojeda, el simpático representante de España, pasó parte de su niñez en Lima. Hace muy poco en el Club Nacional, un grupo de amigos del señor Ojeda hacía con él reminiscencias del buen tiempo ido y rememoraba travesuras y alegrías de la infancia. Alguno pa-

ra probar hasta que punto eran fieles los recuerdos limeños del tan querido ministro español, le preguntó: "¿Se acordará usted señor de Ojeda, de la *melcocha*?" Y don Jaime le respondió vivamente: "*Qué melcocha, ni qué melcochal! Si lo que a mí me gustaba era la carne de membrillo!*"

Lucas Oyague y Noel, mozo —esto de mozo es algo relativo— de finas prendas, don de gentes y caballerescas costumbres —aunque demasiado soltero, estuvo como se sabe en París, hace ya unos cuantos lustros y en París procuró conocer todo lo que de interesante y placentero tiene la gran ciudad. Un día fué a un establecimiento de baños turcos y se hizo servir. Llamóle la atención un turco azambado él, que lo miraba fijamente y hasta de cuando en cuando sonreía, llegando a escamarlo. El turco, vestido a la usanza de los gineceos constantinopolitanos, insistía en sus miradas y sonrisas y en un momento en que salió del cuarto de baño el *otro turco* que servía al señor Oyague, se acercó a éste y a media voz, le dijo: "*¿Usted no es el niño Lucas?*". El asombro de don Lucas no tuvo límites al oírse hablar en peruano legítimo por un turco que parecía auténtico y a su vez le preguntó: "*¿Y tú quién eres?*"—*Yo, señor, contestó el interpelado, estoy ahora de turco, pero en Lima he sido cochero. Guarde-me el secreto...*

En Ichocán, pueblo del departamento de Cajamarca, famoso por la bondad de su clima, había en 1765 un español, llamado Cristóbal de Tapia, que contaba ciento y cuarentaicinco años de edad y tenía una descendencia de más de ochocientas personas.

Dicen que don Pedro Caravedo, tío del doctor don Baltazar —por algo le viene al galgo tener las orejas largas—era hombre de finísimo ingenio, frase pronta y pintoresca, y conversación aguda y amena. Una vez, estando en Huaraz, fué invitado a una Boda, en que la nota de originalidad la constituían las edades de los contrayentes: el novio pasaba de los setenta y la novia de los sesenta. Como aún se estila en muchos lugares del Perú hasta ahora y como en todos fué costumbre antañona, después del matrimonio hubo banquete. Don Pedro asistió y a la hora de los brindis, alguien que conocía la donosa fama del ingenio de Caravedo, pidió que brindara. Fué tanta la insistencia del concurso, que el solicitado no pudo excusarse y pronunció estas intencionadísimas palabras: *Señoras y señores: Brindemos por la resurrección de la carne.*

Jorge Ernesto Villarán, *el gordito*, como cariñosamente le llaman sus amigos, es uno de los mozos más criollos, simpáticos y buenos, que comen eso que ahora llamamos pan, en Lima. Conversando una vez en un grupo de amigos sobre su vida laboriosa (Villarán es de los individuos que saben *hacer cosas*) se ofreció alabar su espíritu de empresa que le ha llevado a tener una gran instalación frigorífica con su correspondiente fábrica de hielo. Contó entonces el *gordito* su odisea, desde los lejanos días en que tuvo una negociación de leche, hasta los presentes en que la tiene de hielo; y Caravedo que estaba presente, le dijo entonces con aire circunspecto y definidor: “*¿De manera, que todos tus negocios, han sido siempre a base de agua?*” . . .

Siendo médico de uno de los hospitales de Lima el doctor don Eduardo Sánchez Concha, tuvo una vez como interno a un joven estudiante de medicina, apellidado Chávez Velando. En cierta ocasión estaba don Eduardo inquieto por un enfermo grave y recomendó al interno cuidase solícitamente al paciente, de preferencia en las noches, porque el caso era muy serio, y llevado de su inquietud, fué personalmente una noche, encontrando al joven Chávez profundamente dormido. Lo despertó don Eduardo y con su gracia socarrona, le dijo, como tomando alientos: “*Mi amigo, usted no es Chávez Velando; usted es Chávez durmiendo.*”

Contaba una vez el *gordito* Villarán que en su Frigorífico y fábrica de hielo, por no sé qué razones técnicas, le había venido al revés la corriente eléctrica y no recuerdo si Caravedo o Manuel Gallagher, la interrumpieron con esta frase: “*Entonces en lugar de hielo, se saldría agua caliente. . .*”

La conocida institución de las *Tres horas* en el Viernes Santo fué ideada en Lima por un sacerdote jesuita y después se hizo extensiva a todo el mundo católico por medio de una Bula Pontificia.

Entró cierto día a la redacción de “*La Crónica*”, un joven Lora, luciendo unas llamativas medias verdes y Héctor Argüelles, apenas le vió le dijo por todo saludo: “*Daca la pata. . .*”

Era don Manuel Canaval, hacendado de Supe, hombre simple, de costumbres aldeanas, exterior sencillo y amigo de la buena vida y del sano reír. Venía de cuando en cuando a Lima, y solía ir con su familia al teatro a buscar esparcimiento. En cierta ocasión se representaba un drama, en que figuraba un cura al que perseguía cierto traidor, de esos de barba cerrada, voz ronca y terrorífico aspecto. El público seguía con cierto interés la trama y la emoción se hizo aguda, cuando el cura llegó y se escondió tras un armario, apareciendo poco después el perseguidor. Fue entonces cuando don Manuel Canaval, desde su palco y a voz en cuello, le gritó al perseguidor: "*Allí, tras ese armario está el cura. Echale mano. . .*" Y como el público riera y una de las hijas de don Manuel, preguntara a éste, azorada, porque había hecho eso, le contestó, muy fresco: "*Para ver que hacían y reirme mas. . .*"

Doy como una curiosidad, el detalle de un inventario hecho en Lima en 1815, de las piedras preciosas que componían la custodia y la corona de la Virgen del Rosario en la iglesia de Santo Domingo. La Custodia tenía 1,300 diamantes, 1,029 esmeraldas, 522 rubíes, 121 perlas grandes, 45 amatistas y 2 topacios y la corona 150 esmeraldas, 102 diamantes y 102 rubíes. . .

Hasta el año 1902 el único adorno de la plaza de Chimbote era una rueda de carreta simulando una pila. . .

Hasta hace poco existía en el Hotel de la Oroya, hoy de la Compañía Americana, un curioso letrero que decía: "*Se prohíbe comer dos huevos juntos*", debido a la frecuencia con que por el mal estado de uno, el cliente, resultaba devolviendo los dos.

Un *court* de *tennis* establecido por el señor Demetrio Olavegoya, es el único adorno que tiene la plaza de Lircay.

Así como en la época de la Colonia cuando algún atrevido quería dar un susto, decía: "*Se sale el mar*"; así hasta no hace mucho, cuando había inquietud po-

lítica en Lima, se decía: "Se vienen los chalacos." Efectivamente los hijos de la constitucional y viril provincia vecina, tuvieron siempre fama de levantiscos, y turbulentos, "No hay como los chalacos", se afirmaba y el cronista recuerda el grito de guerra y de amenaza que conmovía el comentario limeño. Pues bien, hace ya algunos años llegó al Callao un pulsario y *boxeador* francés, mozo de envidia y notable en el manejo de sus puños. Anunció un espectáculo de fuerza en el teatro del Callao y desafió por carteles al más guapo de los chalacos a una sesión de *box*. Acudió mucha gente y con ella un gallo de primera, moreno y hercúleo, doblemente prestigioso por su empuje y por su nombre: *Angel Valdez*. Era uno de los hijos del célebre torerazo criollo, para el que no hubo *Buey Apis* que fuese inmortal. El francés hizo maravillas, rompió naipes en cuatro, levantó pesas colosales y llegó, por fin, al momento psicológico de pedir que subiera al proscenio el campeón del público. En medio del desasosiego general, típico en estos casos, subió al tablado el negro Angel, con esa balanceante lentitud característica de los mozos peruanos fortachones y *faitosos*. Se quitó el saco, sacudió la mano del franchute y hasta dicen que le rascó la palma, y ante el admirativo silencio de *su público, se cuadró*. Ducho el francés en estirar la mano, le propinó a Valdez un golpe en la oreja, que enardeció al negro y a los espectadores y comenzaron los gritos: "*A la chalaca, qué boxe ni qué boxe, asegúralo.*" Y como el francés menudease las trompadas, alguien imperativo gritó: "*¡Cabecéalo!*" Oír ésto Angel, acordarse de la pampa de la Mar Bra-va y rebajarse fué cuestión de un segundo, yendo el francés a caer sobre la primera fila de butacas, en medio de un vocerío ensordecedor. Intervino la policía, todo el público gritó: "*no va, no val*" y para evitar un serio conflicto, hubo de dejarse a la gente que cargase con su ídolo, a quien sacaron del teatro en hombros y en medio de grandes vítores. El francés tardó en reponerse y durante muchos años no hubo *boxeador* que se atreviese a lanzar proclamas de desafío en el Callao, porque como se decía entonces: "*¡No hay quien pegue con los chalacos!*"

Enrique Canaval y Bolívar, fué una noche al teatro con eu primo el doctor Manuel Gallagher, a ver a Onofroff. El célebre hipnotizador hizo varias pruebas y por fin llegó a la más culminante de la transmisión del pensamiento. Seguramente los lectores recordarán que uno de los sistemas que usaba era el de fingir un crimen y cuyos detalles luego descubría. Se

fijaba una víctima, un asesino o se utilizaba, para que la cosa impresionara, un gran cuchillo que sirviese de cuerpo del delito. Después se pedía a varios concurrentes, que naturalmente debían saber dónde se encontraban el asesino, víctima y cuchillo, que dirigieran *sólo por la fuerza del pensamiento* a Onofroff que al fin y a la postre descubriría todo, en medio de aplausos. Cuando en esta prueba pidió Onofroff un caballero que le encaminase para hallar el arma, Manuelito Gallagher le dijo a Canaval, que subiera, *para reírse un poco*. Enrique riéndose se resistía, pero ante la exigencia que le hacía su pariente, subió al escenario y entre él y Onofroff se entabló el siguiente diálogo:

—Ya usted sabe que tengo que descubrir el lugar donde han escondido el cuchillo.

—Sí señor, dijo Canaval, ya un poco risueño.

—Pero ¿usted tiene fuerza de voluntad, una gran fuerza de voluntad?

—Sí, señor, dijo Canaval más risueño todavía.

—Bueno. Pues a la prueba. Piense usted intensamente y yo descubriré el cuerpo del delito.

Salieron Onofroff y Canaval, ante la espectación del público, que en gran parte conocía el sitio. Iba el hipnotizador nervioso, con su paso felino y tras él Canaval, jadeante, riéndose con esa jocundidad bondadosa, que le es tan característica. Pasaron una y otra vez por el sitio señalado... y nada. El público se impacientaba. Por fin Onofroff, se quitó la venda, —porque para esta prueba se hacía antes vendar— y le dijo a Canaval:

—Señor, usted parece que no piensa intensamente en el asunto.

—Sí que pienso en él.

—Sigamos entonces, pero concéntrese usted.

—Bueno, señor.

Y se reanudó el paseo. Más nervioso Onofroff, mucho más jadeante y jocundo Canaval. Por fin inquieto y molesto aquel no pudo más, se quitó violentamente la venda y dirigiéndose a Canaval, en medio de la espectación del público, le volvió a interpelar:

—¿Usted ha procedido con entera voluntad?

—Sí, señor.

—Pero, ¿Ud. sabe donde está el cuchillo?

Ante la inmensa carcajada del público, Canaval, ya muy serio y con una deliciosa cara de asombro, respondió:

—¡*Ni la menor idea!*

Se armó un gran jaleo en el teatro. La cazuela silbó, aplaudió, las gentes de platea reían a todo trapo y cuando Canaval, jadeantísimo y coloradísimo, bajó del proscenio, se le tributó una ovación.

Ya en su asiento, Gallagher le preguntó: "Y si no sabías dónde estaba el cuchillo, ¿para qué subiste?"

—*No me dijiste que querías reírte. . . . ?*

Una vez don José Vicente Oyague y Soyer, llamó de la calle a su casa por teléfono y cuál sería su asombro, cuando escuchó la voz del criado, que le decía:

—*No entiendo bien, porque está muy oscuro.*

—*¿Oscuro lo que te digo?*, replicó don José Vicente.

—*No señor, oscuro el cuarto. . .*

Don Sebastián Salinas, de quien ya hemos recordado otra anécdota que se relaciona con él, tenía entre sus servidores a un negro muy dicharachero y que las daba de bien hablado. Una vez le preguntó por un tal Gómez, a quien se habían llevado preso y el negro le contestó:

"Como no le tengo *indolatría*, no me causa *indagación. . .*"

En una reunión amistosa, el señor Van Lewen, Cónsul de Holanda, que fué el primer holandés auténtico que vino a Lima, y que por su carácter simpático y su don de gentes ha sabido captarse gran estimación en todos nuestros círculos, —presentó a un compatriota suyo, que tiene un nombre algo difícil, y Jorge Ernesto Villarán— el incomparable *gordito*, como le dicen sus íntimos, le dijo con toda la gracia del mundo: "*Dado lo difícil de su nombre, desde hoy se llamará usted entre nosotros, Gonzalez. . .*" Y Gonzalez, se quedó el holandés y tanto que el cronista no puede recordar el nombre auténtico y Gonzalez se quedará en el recuerdo de cuantos presenciaron la escena. . .

Llevaron una vez un enfermo grave al Hospital "Dos de Mayo". Era un moreno robusto como un roble. El externo que le atendió de primera intención fué el hoy médico alienista doctor Baltazar Caravedo, quien dado el estado febril del paciente le tomó la muñeca para percibir la pulsación. El negro al sentirse tocado preguntó al joven estudiante: "*¿Qué me va usted a hacer?*"—"A tomarte el pulso, hijo". . .—Sacó trabajosamente el moreno el ancho y nervudo brazo y mostrando a Caravedo un mollero formidable, le dijo sonriéndose: "*Si me va a tomar el pulso, toque aquí, que es donde lo tengo. . .*"

Cuando estaban arreglando, hace algunos años, la Plaza de Tarma, un Subprefecto, cuyo nombre no revelaré, exclamó enfáticamente: "*Qué bien va a quedar la Necrópolis.*"

Uno de los discursos más curiosos que se han pronunciado en los últimos tiempos, es el que en la ciudad del Cerro de Pasco, lanzó un señor que entre otras cosas dijo: "*Las **nin**fas aguas que se precipitan en ese río, de que anteriormente hablé a usted, señor Subprefecto, hacen caso omiso de las protestas que lanzan los guijarros de la orilla.*"

En la segunda temporada de Vico, cuando se representaba no se qué drama de Echegaray, en que toda la acción depende de una carta que oculta un *traidor* de los clásicos, un joven Rissi, muy nervioso, se alzó de su butaca y señalando al actor que tenía la culpa lo denunció en voz alta: "*Ese, ese, tiene la carta.*"

Dicen que entre el doctor Villar y el doctor Odriozola (el viejo), había una gran controversia sobre si el fierro tenía o no tenía acción sobre el organismo. Un buen día llevaron al Hospital de "Santa Ana" una mujer casi agonizante, a consecuencia de varios *fierrazos*, que le había propinado su conviviente. Los dos grandes médicos estaban en la sala y se enteraron del caso y ante el concurso bullicioso y novelero de los estudiantes, el doctor Villar, dijo, guiñando el ojo a su colega: "*Y todavía seguirá usted negando la acción del fierro sobre el organismo?*"

En una tertulia del Lima de antaño, se hablaba de la importancia enorme que había adquirido cierto personaje decorativo, que sin gran valer sustancial y sin prosapia alguna, se había elevado, arrastrándose un tanto y a fuerza de audacia y prosopopeya, a las más altas situaciones y con su peculiar ironía limeña, dijo una señora: "*Ay, hija, cómo ha crecido Fulano?*" —Y una señora Rávago, relacionada por cierto de las familias Moreyra, Varela, Riva Agüero, etc., que estaba allí presente, dijo entornando los ojos y con sacerdotal unción: "*Sí; como un muladar!*"

En una acaloradísima sesión de la Cámara de Diputados, allá por el noventa y tantos, don Jerónimo de Lama y Ossa se manifestaba uno de los más exaltados y en medio del bullicio su voz tronaba solicitando la palabra. Por aquel tiempo don Jerónimo era muy rubicundo y tenía el rostro congestionado y con algunos granos. Un *chusco* que había en la barra, al escuchar al señor Lama que insistentemente decía: "*!Pido la palabra! !Pido la palabraáá!*", le gritó: "*Pida usted mejor zarzaparrilla!*"

Don Sebastián Salinas, rico hacendado de Chancay, varón simpático, culto, amigo de poetas, entre otros del originalísimo Nicanor della Rocca de Vergalo, era hombre afable con todos y muy afectuoso con sus servidores. Entre estos últimos tenía uno, chancayano y moreno él, que la daba de bien hablado y don Sebastián solía hacerle preguntas, proponerle cuestiones, para gozar con las respuestas que el oscuro solía darle. Una vez, le preguntó si desearía ir a Europa y el negro, muy campante, le contestó: "*Psch; me es inverosímil*"...

En la campiña de Cajamarca hay una *chinche* voladora, a la que los campesinos llaman graciosa y cariñosamente, *palomita*.

Jorge Luis Otayza, que murió en 1918 en Madrid, víctima de la gripe, estuvo siempre lleno de salidas ingeniosas. Una vez alguien amostazado porqu. Otayza le enamoraba la hermana, amenazólo con propinarle una paliza, a lo que Otayza, cortesmente, le replicó: "*Mejores proposiciones me han hecho y no las he aceptado*".

Conversaban en el Club de la Unión hace ya algún tiempo sobre España varios amigos, entre los que se encontraba Carlitos Moreno y Paz Soldán. Belmonte —el gran torero— que también estaba presente, contó cierta anécdota que se achacaba Leopoldo Alas (Clarín) y como alguien preguntase quién era *ese Leopoldo Alas (Clarín)*, Carlitos, hundiéndose en su poltrona como una etcétera y agitando nerviosamente las piernas como acostumbra, dijo con la mar de gracia: "*Un banderillero...*"

El primer *Auto de fé* que se celebró en Lima, no fué hecho por la Inquisición, sino por el Arzobispo Loayza, veintitantos años antes que se estableciera aquel formidable Tribunal.

El primer *Auto de fé* que celebró en Lima el Santo Tribunal de la Inquisición se realizó el 15 de noviembre de 1573 y entre otras personas se quemó a un francés llamado Mateo Salado, que fué el primer achicharrado en nuestra capital.

La primera *Misa* que se dijo en Lima fué oficiada por el fraile mercedario Antonio Bravo y se realizó en un altar portátil en el terreno que es hoy nuestra Plaza Mayor.

El primer *Gran Mariscal del Perú*, fué D. Toribio de Luzuriaga y —¡caso curioso!— se suicidó.

El primer *Coliseo de gallos*, no estuvo en la calle que hasta ahora lleva el nombre de Gallos como muchos creen, sino en la Plaza de Santa Catalina y se inauguró en 1762.

La primera *Corrida de toros* que se dió en Lima, fué en la Plaza Principal, el 29 de marzo de 1540 y en ella rejoneó un toro, nada menos que el gran conquistador don Francisco Pizarro,

El primer *Escribano* que hubo en el Perú fué don Francisco Cuellar, que intervino en el juicio y ejecución de Atahualpa, quien murió después a manos de los indios.

En Lima, a principios del siglo XVII se realizó un hecho semejante al que heroicamente ha consumado el *Alcalde de Cork*. Un presbítero portugués llamado *don Manuel Nuñez de Almeida*, que fué apresado por la Inquisición, se negó terminantemente a tomar alimentos y murió de inanición, por lo que el Tribunal *se contentó con ahorcarlo en estatua y quemar sus huesos*.

Quien hizo, en época del Virrey Montesclaros, los planos del Puente de piedra sobre el río Rímac fué Fray Jerónimo Villegas y el maestro de obras que lo construyó, fué el arquitecto don Juan del Corral.